

14. ORIGENES DEL REINO DE ARAGON

POR

ANTONIO DURAN GUDIOL



Claustro de San Juan de la Peña.



Monasterio de Obarra.

Fue alrededor del año 720 que, con la conquista y ocupación de los principales núcleos urbanos, los árabes alcanzaron el dominio del solar aragonés hasta su límite septentrional, la cresta pirenaica. A las más bien escasas fuerzas conquistadoras, formadas por yemeníes y kalbíes, se unieron sin tardanza los muladíes, familias indígenas como los Banu Qasi y los Banu Amrús, probables oligarcas de la situación política anterior, que se convirtieron a la religión de Mahoma. Gracias a éstos debió ser posible no sólo la ocupación de la Tierra Baja y el sometimiento de la Montaña, sino también la profunda transformación cultural del país, su islamización.

En el Aragón musulmán —la Marca Superior de al-Andalus— la paz islámica se quebró mediado el siglo VIII, cuando los omeyas, tras su caída en Oriente y su odisea en el Norte de Africa, fundaron el emirato de Córdoba y proclamaron emir a Abd al-Rahmán I. Enseguida se rebelaron contra éste los grandes señores árabes de Aragón, los citados yemeníes y kalbíes, acérrimos enemigos de los omeyas.

Los rebeldes acudieron repetidamente a Aquisgrán para ofrecer el sometimiento de sus dominios al imperio carolingio, a cambio de protección y ayuda contra el emirato cordobés. No está claro si brindaban la oportunidad de crear un protectorado musulmán al Sur del Pirineo, adscrito al imperio cristiano, como parece entendió Carlomagno, o si acudieron a él en búsqueda de una alianza militar, capaz de combatir a los omeyas y derrocar al emir. El hecho es que cuantas veces el ejército franco se presentó ante las ciudades de la Marca Superior para tomar posesión de ellas, conforme a lo convenido, se le cerraron las puertas de las murallas y hubo de retornar a sus cuarteles ultrapirenaicos.

Para contrarrestar la rebeldía, el emir de Córdoba tuvo la habilidad de atraerse a los muladíes y de alzarlos contra los árabes, y logró restablecer, al fin, la fidelidad al emirato cordobés. Sin embargo, no se erradicó el espíritu levantisco de la marca aragonesa y no tardaron mucho los muladíes, sobre todo los Banu Qasi, en enfrentarse a Córdoba, optando por la tercera vía de la independencia. El vaivén de lealtades y rebeldías al poder andalusí, así como las luchas intestinas, llenan la historia del Aragón musulmán por lo menos hasta mediados del siglo X.

El imperio carolingio supo aprovechar la confusión reinante en la Marca Superior y extendió sus dominios en la vertiente meridional del Pirineo —la llamada Marca Hispánica—, desde las ciudades de Gerona y Barcelona hasta los condados de Urgell-Cerdaña. En acción paralela, a fines del siglo VIII, estableció un enclave militar en el condado autóctono de Sobrarbe, sometido pero no ocupado por los musulmanes, al mando del conde Aureolo, un funcionario de la corte cristiana, cuyo objetivo era el de constituir una permanente amenaza a las ciudades de Huesca y Zaragoza. Pero, muerto Aureolo en 809, un muladí oscense, Amrús, hombre de la plena confianza de Córdoba, invadió el enclave y destruyó sus fortalezas.

Por estas mismas fechas el conde Guillermo de Tolosa, ampliando hacia el Oeste la Marca Hispánica, se anexionó la Ribagorza. Y otro conde carolingio, Aznar I, recuperó el enclave de Sobrarbe, si bien por poco tiempo, ya que hubo de retirarse a causa de la defección del conde indígena García el Malo, que le traicionó y se alió a los musulmanes de Huesca. Después de su fracaso, Aznar fue destinado a la custodia de los condados de Urgell, Cerdeña, Pallars y Ribagorza.

Le sucedió en el gobierno de éstos su hijo Galindo I hasta los años veinte del mismo siglo IX, cuando fue destinado al establecimiento de un nuevo enclave pirenaico alejado, en el valle cristiano de Echo, cercano al reino de Pamplona. El éxito alcanzado, que se tradujo en la fundación del gran monasterio de Siresa, no tuvo futuro a causa de la desintegración del imperio carolingio. El desasistido conde Galindo hubo de conformarse con patrimonializar el enclave, que constituyó el núcleo principal del condado de Aragón, y con realizar una política —la única posible— de buena vecindad tanto con el reino de Pamplona como con el waliato de Huesca, con el fin de asegurar su estabilidad e independencia.

Aislado en el corazón de la Barbitaniya musulmana, el condado de Sobrarbe no tuvo ocasión de expansionarse, pero sí los de Aragón y Ribagorza en la primeras decenas del siglo X, gobernados respectivamente por los condes Galindo Aznarez II y Bernardo Unifredo, que ampliaron notablemente sus dominios territoriales. Menos afortunado, el aragonés hubo de rendirse en 922 al rey navarro Sancho Garcés I, que culminó sus brillantes campañas en tierras musulmanas con la invasión del valle de Echo y el sometimiento del condado de Aragón, que obviamente perdió su independencia.

El avasallamiento del condado aragonés no implicó la desaparición de la dinastía condal, que subsistió mientras hubo descendientes masculinos de Galindo II. Al agotarse esta línea, el condado fue heredado por la reina Endregoto, hija de Galindo II y esposa del rey navarro García Sánchez I. A partir de este acontecimiento —fue en 948— la dignidad

condal es ejercida por un infante navarro, al que se dió el título de «rey de Aragón» —régulo, más propiamente—, bajo la dependencia del padre, el rey de Pamplona. Están documentados, sucesivamente tres de tales régulos: el futuro Sancho II Abarca (948-970), el futuro García Sánchez II (970-995) y el infante Gonzalo (995-999).

El ejercicio del poder en el condado por los tres infantes dio probablemente origen al derecho navarro-aragonés, según el cual, al recibir el hijo de rey el gobierno de un territorio, había de ser llamado rey. Derecho consuetudinario que se aplicó en la segunda mitad del siglo XI a los infantes Sancho Ramírez y Pedro I.

El «cuasi reino de Aragón» tuvo un trágico final en los últimos años del siglo X, cuando Almanzor corrió el valle del Aragón, llegando posiblemente hasta el valle de Echo, y arrasó el antiguo condado. Ello sucedió hacia el año 999. Semejante desastre sufrieron en 1006 los condados de Sobrarbe y Ribagorza —éste aquejado, además, de una crisis dinástica—, invadidos por Abd al-Malik, hijo y sucesor de Almanzor.

Al inicio del siglo XI y del reinado de Sancho Garcés III, llamado el Mayor, de Navarra, era general y profunda la devastación de los tres pequeños estados cristianos del solar aragonés. Poblados abandonados, iglesias y monasterios abocados a la ruina y la propia villa episcopal y condal de Roda en poder musulmán. Objetivo prioritario del joven rey pamplonés fue la recuperación de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, a la que se dedicó plenamente durante los años 1016-1018.

Completó la reconquista de los territorios perdidos a manos de Almanzor y de Abd al-Malik con la conquista de las montañas de Ayerbe, Rasal y Nocito, de la ribera islamizada del Cinca —la mitad septentrional de la Barbitaniya— y con la solución de la crisis dinástica del condado de Ribagorza, cuyos nobles y clérigos se hallaban divididos: unos eran partidarios de la unión con el condado de Pallars; otros pocos eran fieles a la marginada condesa Mayor, a la que heredó Sancho Garcés III a través del derecho de la reina Muniadona, sobrina de la desgraciada condesa, que terminó sus días en un monasterio castellano.

Por primera vez el dominio cristiano se extendía sin solución de continuidad por toda la Montaña septentrional, desde oriente a occidente del solar aragonés, repartida en tres regiones, que respondían a los antiguos condados: Aragón con la añadidura del otrora distrito rural del Gállego —Serrablo— y de las montañas próximas a Huesca; Sobrarbe, notablemente ampliado con la ribera del Cinca, recién conquistada; y Ribagorza, definitivamente incorporada a la corona de Navarra tras la renuncia de la condesa Mayor a favor de la casa real.

Sancho el Mayor, que reinó, según los documentos de la época desde León hasta los confines de Ribagorza, demostró fehacientemente sus dotes de político y estratega en la articulación del país con buena visión de futuro. Las campañas de Almanzor y Abd al-Malik habían demostrado la vulnerabilidad de los pequeños estados cristianos desconectados, y con el fin de dar al territorio capacidad defensiva y ofensiva, levantó una teoría de fortalezas frente a las plazas musulmanas de los Somontanos, en claro reto a la cora de Huesca y a la Barbitaniya. Fortalezas bien proyectadas y construidas, como aún es posible comprobar en las conservadas de Marcuello, Loarre —el núcleo primitivo de ésta— y Abizanda.

Obviamente no bastaba el emplazamiento de castillos y fue menester la programación de un ordenamiento militar, jurídico y fiscal de todo el territorio. Para ello, a modo de versión navarro-aragonesa del sistema feudal europeo, instituyó el seniorado: en la frontera y en el interior Sancho el Mayor confió los castillos a hombres de su confianza y a título personal, que ejercieran la delegación del poder real con jurisdicción sobre una zona determinada. Alrededor del año 1035 se contaban no menos de veinte seniorados o tenencias en Aragón y Sobrarbe.

Tradicionalmente los monasterios, así los de origen carolingio y navarro, como los de fundación mozárabe, añadían a su misión religiosa y cultural una función socioeconómica. Y al monacato recurrió el rey con el fin de promover la recuperación de las tierras devastadas por los citados dictadores cordobeses. Aconsejado por el obispo Oliba de Vic, no sólo trató de restaurar y repoblar los monasterios, sino también de reunirlos, para una mayor eficacia, en una congregación bajo el gobierno de un solo abad. Un grupo de monjes navarro-aragoneses que, después de combatir con las armas a los invasores musulmanes, se refugiaron en el monasterio de Cluny, volvieron a Aragón presididos por el abad Paterno y repoblaron el cenobio de Maltray, al que el rey unió las antiguas abadías de Fuenfría, Ciella y Cercito. Ellos facilitaron la recuperación del valle del Aragón, sin duda el más afectado por la campaña de Almanzor.

Sancho el Mayor, que había reunido bajo su cetro la mayor parte de los estados libres de España, multiplicó la eficiencia militar del frente cristiano. Y, pionero de la europeización, en frase del profesor Lacarra, tendió puentes de acercamiento a la Cristiandad ultrapirenaica, primer paso de una política exterior que culminaron sus sucesores en Aragón, Navarra y Castilla, por este orden. Es conocida la compenetración entre el rey navarro y Sancho Guillermo, duque de Gascuña, del que se dice que, falto de sucesión masculina, llegó a pensar en Sancho el Mayor como sucesor. Y sabido es también que el rey navarro inició la relación con el monasterio de Cluny, en el que se estaba elaborando el primer

movimiento ideológico europeísta del siglo XI bajo los auspicios del abad Odilón, unido, en frase de este mismo monje, «en indisoluble familiaridad y trato» no sólo con Sancho el Mayor, sino también con sus hijos sucesores en Aragón, Navarra y Castilla, reinos en los que influyó decisivamente el espíritu cluniacense el curso de la undécima centuria.

Debió de ser en 1029-1030 que el rey delegó el poder real en el solar aragonés a sus hijos Ramiro y Gonzalo, quienes, conforme al derecho consuetudinario, recibieron el título de reyes aún en vida de su padre. Ramiro gobernó el territorio comprendido entre Matidero, en el límite occidental de Sobrarbe hasta Vadoluengo, frontera oriental de Navarra, esto es, el antiguo condado de Aragón, el distrito del Gállego —Serrablo— y los valles de Ayerbe, en parte, Rasal y Nocito. Le correspondió a Gonzalo la zona señalada al Oeste por la selva de Matidero y por el castillo de Llort al Este, es decir, los viejos condados de Sobrarbe y Ribagorza y la mitad septentrional de la ribera del Cinca, reinos ambos que continuaron viviendo después de la muerte de Sancho el Mayor.

Resulta difícil de comprender la parcelación de los dominios del gran rey después de su fallecimiento el 18 de octubre de 1035. ¿Tuvo en verdad la intención de independizar de la corona navarra los reinos de Castilla, Aragón y Sobrarbe-Ribagorza? Sabiendo, como supo por experiencia, que la unión de los pequeños estados libres bajo la supremacía del reino de Pamplona fortalecía el poderío militar cristiano, cabe sospechar que proyectó la soberanía para el primogénito García Sánchez III y confiar a sus otros hijos el gobierno de otras tantas parcelas de su territorio con autoridad delegada y el título de rey-régulo, que el derecho consuetudinario concedía a los infantes que ejercían jurisdicción. ¿Pensó en ellos como una especie de virreyes, sometidos el primogénito? Sea lo que fuere —acaso nunca se descubra la planificación política prevista por Sancho el Mayor—, los acontecimientos se encargaron de encauzar el futuro de los reinos de Aragón y Castilla hacia la plena independencia de Navarra. Este es el hecho incuestionable.

El nacimiento del reino de Aragón no fue fruto de un movimiento nacionalista que tratara de recuperar una independencia perdida, sino obra de un hombre, Ramiro I, con talento político que, sin desaprovechar las circunstancias propicias, supo imponer su autoridad en un territorio plural y animarlo con la ideología cristiana.

Siendo merecedor del título de *pater patriae Aragonensis*, Ramiro I ha sido el rey aragonés peor tratado por la historia en base a una pretendida bastardía, que puso en cuarentena la legitimidad de la dinastía. Fue hijo legítimo de Sancho el Mayor y posiblemente el menor de sus hermanos.

Al morir su padre, no sobrepasaba la edad de quince años, vividos bajo la tutela de su eitán Jimeno Garcés. Al año siguiente, en 1036, casó con Gisberga de Bigorra y siete más tarde nació su heredero, el futuro rey Sancho Ramírez, coincidiendo con dos acontecimientos de manifiesta importancia.

Fue el primero el que podría llamarse bautismo de fuego del rey, a sus veintitrés años. Acudió en ayuda de su hermano García Sánchez III de Navarra, atacado por la taifa de Zaragoza. En el batalla de Tafalla perdió su cabalgadura y pudo salvarse gracias al caballo que le cedió un prohombre navarro, cuya acción recompensó en agosto de 1043 el propio rey García, el cual también premió la colaboración de Ramiro y del ejército de Aragón, cediendo el dominio de las fuentes del río Arba con los castillos de Sos, Uncastillo, Luesia y Biel.

El segundo acontecimiento fue la muerte del rey Gonzalo de Sobrarbe y Ribagorza, al que sucedió su hermano Ramiro, duplicando en virtud de la herencia la extensión territorial de sus dominios, cuyo pluralismo asumió al intitularse en adelante «rey de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza». Gonzalo murió probablemente el 26 de junio de 1044 en el puente de Montclús, cerca de la población de Lascorz. Los años siguientes debió dedicarlos Ramiro a la política interna del reino y, de manera especial, a la cristianización de la ribera del Cinca.

El 1 de septiembre de 1059 el rey García III de Navarra era derrotado y muerto en Atapuerca, cerca de Burgos, por el ejército castellano-leonés de su hermano Fernando I. Sucedió automáticamente al difunto su hijo Sancho Garcés IV en el reino navarro, al que una vez más se aprestó a ayudar Ramiro. Acompañado de un número excepcional de prohombres aragoneses, sobrarbenses y ribagorzanos fue al encuentro del nuevo rey, su sobrino, en Uncastillo para firmar un pacto de alianza, en virtud del cual, a cambio de su amistad, fidelidad, ayuda y consejo, obtuvo el aragonés en su provecho la rectificación de la línea fronteriza entre los dos reinos, que se fijó casi con exactitud en la actual divisoria entre Aragón y Navarra, incluyendo Valdonsella y la parte occidental del valle del Aragón con la importante plaza de Sangüesa.

Acaso crecido el primer rey aragonés con la sustanciosa ampliación de su reino y confiando seguramente en la debilidad de la taifa de Zaragoza a causa de las luchas fratricidas entre los hudíes, llevó a cabo en el verano de 1058 su primera campaña contra los musulmanes de la Sotonera, partiendo de las vecinas fortalezas cristianas de Loarre y Marcuello. Pero fracasó.

Mientras Ramiro tanteaba la fuerza de la taifa en el distrito de Huesca, dos condes catalanes —Ermengol III de Urgell y Ramón

Berenguer I de Barcelona— pactaban alianza para penetrar en el distrito de Lérida y repartirse los castillos que conquistaran en la Baja Ribagorza. Ramiro, que no podía estar indiferente a tal alianza, confió a su hijo Sancho Ramírez el gobierno del reino de Aragón y desde el antiguo condado de Ribagorza pasó el límite meridional y tomó el castillo musulmán de Benabarre con su territorio hasta conectar con la zona de la Baja Ribagorza conquistada por los dos condes catalanes, en cuyo poder se hallaban las plazas de Purroy y Pilzán.

Llevado de buen sentido diplomático, Ramiro se alió con el conde de Urgell, Ermengol III, con el cual casó a su hija Sancha. En consecuencia obtuvo que los dos condes rectificaran el pacto anterior, signado en 1058, y reconocieran que la zona ocupada por ellos pertenecía al condado de Ribagorza y, por tanto, al reino de Ramiro I. Esto fue el 25 de julio de 1063.

Tras la conquista de la Baja Ribagorza por aragoneses y catalanes y fortalecido el frente cristiano, el rey y los condes planearon una ambiciosa campaña contra la Barbitaniya y la ciudad de Barbastro. Se movilizaron dos cuerpos de ejército: uno al mando de Ramiro, se impuso como primer objetivo la toma del castillo de Graus; el segundo, capitaneado por el conde Ermengol, partiendo de la Baja Ribagorza, se había de dirigir hacia Barbastro, frente a cuyas murallas se habría proyectado posiblemente el encuentro de los dos ejércitos cristianos.

Advertido del peligro que corría la Barbitaniya, al-Muqtádir, jefe de la taifa de Zaragoza, con el apoyo de un destacamento de castellanos, presentó batalla al ejército del rey en el castillo de Graus. En un golpe de suerte, un musulmán de frontera, conocedor de la lengua de los cristianos, mató de una lanzada al rey Ramiro el 8 de marzo de 1064.

La trágica desaparición del rey, sin embargo, no impidió la consecución del objetivo último de la campaña. Después de un asedio de cuarenta días, mediado el mes de junio, la ciudad de Barbastro se rendía al ejército de Ermengol III. Suele presentarse la conquista, que tuvo resonancia más allá del Pirineo, como victoria de la primera cruzada de la historia, que habría sido predicada por el papa Alejandro II o por los monjes de Cluny, y realizada por caballeros aquitanos, normandos, borgoñones y catalanes, sin la participación de los aragoneses, precisamente los más interesados en la operación. En realidad la toma de Barbastro culminó la bien trazada campaña contra las taifas, enemistadas entre sí, de Lérida y Zaragoza, que se inició con el pacto de 1058 entre los condes de Urgell y Barcelona y se coronó con la adhesión de Ramiro I a la alianza y con el nuevo pacto de 1063, que reconoció el derecho del reino aragonés al territorio de la Baja Ribagorza y, por ende, al de la vecina occidental, la Barbitaniya. De hecho, la ciudad tomada fue puesta bajo la

jurisdicción del hijo y sucesor de Ramiro I, el joven rey Sancho Ramírez, correspondiendo al conde Ermengol el cargo de senior o tenente. Un documento del monasterio de Oña, fechado en abril de 1065, consignó que «Fernando reinaba en León y Castilla, y su sobrino Sancho en Aragón, Sobrarbe, Ribagorza y *Barbastro*». Este mismo mes la guarnición cristiana no pudo resistir el ataque musulmán, que ocasionó la muerte del conde de Urgell, y al-Muqtádir, reyezuelo de la taifa zaragozana, recuperó la ciudad.

El rey Sancho Ramírez heredó de su padre un reino sólidamente asentado. La pérdida de Barbastro no importó más consecuencias negativas para la integridad del reino. Al-Muqtádir se contentó con la reconquista de la ciudad sin intentar explotar militarmente la victoria, prolongando su campaña más allá.

Ante el peligro que representaba el Aragón cristiano para la taifa de Zaragoza, su reyezuelo trató de prevenirse contra Sancho Ramírez, pactando con Sancho II de Castilla y Sancho IV de Navarra, ambos primos del aragonés, quienes se comprometieron a auxiliarle, a cambio de parias, caso de ser atacada la taifa por cristianos o por musulmanes.

Prácticamente aislado por la defección de sus reales primos, el futuro del reino aragonés quedaba en entredicho y Sancho Ramírez comprendió que podía superar su delicada situación, abriéndose a la Cristiandad europea. A este efecto viajó a Roma en 1068, donde trató de atraerse el favor del papa Alejandro II, ante el cual se comprometió a declararse vasallo de la Santa Sede, y concertó su segundo matrimonio con Felicia, hermana del conde Ebles de Roucy, gran aliado del sumo pontífice.

Decidido a rearmar ideológicamente su reino, aplicó escrupulosamente las directrices de los movimientos europeos encabezados por Roma y Cluny: sustitución de la liturgia hispánica, acusada de inseguridad doctrinal, por la romana, que uniformaba las iglesias europeas; reforma de los monasterios en la estricta observancia de la clausura y el silencio bajo la regla de san Benito; reforma del clero, aproximándolo al monacato mediante la vida en común conforme a la regla de san Agustín; y lucha contra la simonía, la intromisión de los laicos en asuntos de iglesia y la clerogamia.

Constituiría un error la creencia de que la incorporación del reino aragonés a la Europa cristiana se limitó a una simple reforma eclesiástica en el interior y al reconocimiento de la supremacía del papado sobre el poder civil. La operación diplomática del rey Sancho Ramírez, adelantándose a los demás reyes de España, sobrepasó con mucho el ámbito religioso, que fundamentó ideológicamente la puesta de Aragón en pie de cruzada frente al poder musulmán.

Clarificando doctrinalmente el contenido de la lucha contra el Islam y la pertinente estrategia futura de cara a la expansión aragonesa, el ideal del combatiente se cifró en «la confusión del paganismo y la exaltación de la fe cristiana». La guerra no era arbitraria, ni una simple ambición terrenal, sino una necesidad trascendente. Aragón, como España entera, según el sentir de Roma había sido feudo de la Santa Sede, es decir, una parte de la Cristiandad a la sazón sojuzgada, cuya situación se parangonó con la figura de san Pedro encadenado en Jerusalén e impedido en su vocación apostólica a causa de su encarcelamiento hasta que el ángel le abrió milagrosamente las puertas de la prisión.

Obviamente jamás se pensó en una prodigiosa liberación del reino, pero sí se trató de merecer que Dios asistiera al ejército y le concediera la victoria sobre los enemigos de la Cristiandad. Para conseguir la ayuda divina se precisaba una estructura espiritual de intercesión según el modelo bíblico de Moisés, basada en la oración litúrgica ortodoxa del clero y del pueblo, en la plegaria ininterrumpida de los monjes benedictinos de San Juan de la Peña y San Victorián de Sobrarbe y en la asistencia de los canónigos de frontera, establecidos en las grandes fortalezas de Loarre, Alquézar y Montearagón. Todos ellos, en comunión con el papado y la Cristiandad, habían de merecer la bendición de Dios traducida en victorias militares, en la expansión del reino y en la elevación del nivel de vida del pueblo aragonés, que superaría la difícil economía de montaña al extenderse por la Tierra Baja.

La incorporación aragonesa a Europa implicó, con motivo de la implantación de la liturgia romana, la adopción de una nueva cultura en sintonía con las corrientes ultrapirenaicas: la escritura carolina, por ejemplo, la notación musical aquitana y el arte románico, las primeras y espléndidas manifestaciones del cual pueden disfrutarse aún en Santa María de Iguácel, San Pedro de Loarre y la Catedral de Jaca.

Políticamente el reino se fortaleció con su infeudación a la Santa Sede, formalizada en 1089 por el rey Sancho Ramírez. El papado, que se arrogó el derecho a investir y coronar los futuros reyes, se erigió en protector de Aragón, cuya pervivencia y progreso garantizaba desde la supremacía de su autoridad espiritual por encima de todos los príncipes cristianos, a los que animó, además, a solidarizarse militarmente en la lucha contra el Islam al sur del Pirineo.

El idealismo cristiano, que con la realeza constituía la base de unión política de la diversidad territorial, no descuidó el progreso económico del reino. No sólo se abrió Aragón al tránsito de ideas, también se propició el paso a los hombres y al tráfico de mercancías. Sancho Ramírez, que había sucedido a su primo en el reino de Navarra, creó la ciudad y obispado de Jaca, centro comercial, aseguró el paso de Somport

con la fundación del monasterio de Santa Cristina y encauzó el camino navarro-aragonés de Santiago de Compostela.

La viabilidad de la misión de cruzado, asumida por el rey europeizador, una vez consumada con éxito su gran operación diplomática, hubo aún de superar dos serios obstáculos: la oposición surgida en el interior del reino y el clima de rivalidad entre Aragón y Castilla.

Un grupo de nobles y clérigos, encabezado nada menos que por el infante García, obispo de Jaca, reaccionó contra la política del rey por motivos que no aparecen claros. Consta, empero, que el episcopal infante fue acusado de traición a favor de Alfonso VI de Castilla. Es probable que la oposición fuera provocada por la tendencia del rey a encumbrar caballeros ultrapirenaicos y a permitir, bajo la presión de la Santa Sede, la ocupación de obispados y abadías por clérigos extraños al reino. Aunque los dos hermanos —el rey y el obispo— se reconciliaron unas semanas antes de la muerte del infante García, la desconfianza de la corte aragonesa hacia el obispado de Jaca no se superó hasta los tiempos de Alfonso I.

La enemistad entre Aragón y Castilla se agudizó a raíz del asesinato de Sancho IV en 1076, cuando le sucedió Sancho Ramírez en el reino de Navarra, que pretendía también Alfonso VI, el cual, sintiéndose e intitulándose emperador, aspiró asimismo a conquistar la ciudad de Zaragoza y el valle del Ebro en perjuicio de los intereses del rey aragonés. Cuestión ésta que la Santa Sede trató de zanjar salomónicamente: que Castilla se proyectara sobre Zaragoza y Aragón sobre Lérida.

Fiel a la propuesta pontificia, el castellano, después de la conquista de la ciudad de Toledo en julio de 1085, asedió por segunda vez Zaragoza, jurando no levantar el cerco mientras viviera. Pero la amenaza de los almorávides le obligó a abandonarlo para acudir a la defensa de su territorio y a pedir ayuda a Sancho Ramírez, que se la prestó.

Formalizada la infeudación del reino al papado y establecida la amistad de Aragón y Castilla, Sancho Ramírez, como explica un documento de Montearagón, «tomó las armas y se entregó completamente a la extirpación del paganismo y a la expansión de la cristiandad». La renuncia de Alfonso VI a la conquista de la taifa de Zaragoza despejó el horizonte aragonés y posibilitó la confección de un ambicioso plan de cruzada, del que no se apartó el rey más que temporalmente para acudir en el verano de 1090 en auxilio de la ciudad de Toledo, asediada por los almorávides.

Cifrados los objetivos finales en las ciudades de Huesca, Zaragoza, Barbastro y Lérida, se formaron dos cuerpos de ejército, uno al mando del rey, que había de atacar los distritos musulmanes de Huesca y

Zaragoza; y otro que, con el infante Pedro a la cabeza, se dirigiera contra los de Barbastro y Lérida. Contó el primero con el concurso de los navarros y de Céntulo V, conde de Bigorra y vizconde de Bearn; se alinearon junto al segundo las huestes del conde Ermengol V de Urgell.

Los dos ejércitos ensayaron una nueva estrategia militar, consistente en no atacar frontalmente las plazas fuertes, limitándose a envolverlas, incomunicándolas y obligándolas al pago de parias con el fin de debilitarlas económicamente a la espera de rendiciones por agotamiento. La táctica restó, si se quiere, brillantez a las operaciones militares, pero resultó eficaz a más o menos corto plazo. Así cayeron Huesca en 1096, Barbastro en 1100, Bolea en 1101 y Zaragoza en 1118.

El rey Sancho Ramírez no pudo celebrar ninguna de estas cuatro resonantes victorias. Cayó mortalmente herido frente a la muralla de Huesca el 4 de junio de 1094. Si Aragón debe su origen al rey Ramiro I, es deudor también de Sancho Ramírez en cuanto lo insertó en el concierto de naciones europeas, lo modernizó —valga la palabra— y puso a punto la dinámica expansiva que había de configurarlo territorialmente.

BIBLIOGRAFIA

Para una mayor profundización del tema con los pertinentes repertorios heurístico y bibliográfico, pueden consultarse A. DURAN GUDIOL, *Historia de Aragón*, vol. 4, Guara Editorial, Zaragoza 1985, así como la monografía del mismo autor *Los condados de Aragón y Sobrarbe*, Guara Editorial, Zaragoza, 1988.